

cia. Tiene en derredor unas bóvedas en forma de pórticos, cuyas columnas son de una sola piedra. Y para señalar estas siete personas, añadió siete pirámides de gran altura y de hermosa apariencia.»

El primer libro de los *Macabeos* da casi los mismos detalles acerca de este sepulcro, y añade que había sido construido en Modin y que se le descubría desde el mar: *Ab omnibus navigantibus mare*. Modin era una ciudad inmediata á Diospolis, construida sobre una montaña de la tribu de Judá. En tiempo de Eusebio, y también en el de San Gerónimo, el monumento de los Macabeos existía aun. Los sepulcros de los Reyes, á la puerta de Jerusalém, á pesar de sus siete asilos fúnebres, y de las pirámides que los coronaban, no pueden, por lo tanto, haber pertenecido á los príncipes asmoneos.

Josefo nos dice luego que Elena, reina de Adiabena, había hecho erigir, á dos estadios de Jerusalém, tres pirámides fúnebres, y que sus huesos y los de su hijo Izate fueron depositados en ellos por la solicitud de Manabaces. El mismo historiador dice en otra obra, al trazar los límites de la Ciudad-Santa, que sus muros se extendían hácia el Septentrion en frente del sepulcro de Elena. Todo esto se adapta perfectamente á los sepulcros de los Reyes, que, según dice Villalpando, estaban adornados de tres pirámides y se hallaban todavía al Norte de Jerusalém, á la distancia señalada por Josefo. San Gerónimo habla también de este sepulcro. Los sabios que han hablado del monumento que examino, citan un pasaje notable de Pausanias; es verdad que nadie piensa en este escritor cuando se trata de Jerusalém. Sea como fuere, hé aquí el pasaje; la traducción latina y el texto de Gedón son fieles:

«El segundo sepulcro estaba en Jerusalém... Era la sepultura de una mujer judía, llamada Elena. La puerta del sepulcro, que era de mármol como todo el resto, se abría por sí misma cierto día del año y á cierta hora, y se cerraba poco después. Si se hubiese intentado abrirla cualquier otro día, hubiérasela roto primero que conseguirlo.»

Esta puerta, que se abría y se cerraba por sí misma por medio de una máquina, trae á la memoria las puertas extraordinarias de los sepulcros de los Reyes. Suidas y Estéban de Bizancio hablan de un viaje á Fenicia y á Siria, publicado por Pausanias. Si esta obra hubiese llegado hasta nosotros, halláramos indudablemente en ella mucha luz acerca de este punto.

Los pasajes reunidos del historiador judío y del viajero griego prueban al parecer suficientemente que los sepulcros de los Reyes son el de Elena; pero la noticia de un tercer monumento destruye esta conjetura.

Josefo habla de ciertas grutas que denomina *Cavernas reales*, según la traducción literal de Arnaldo de Andilly; pero desgraciadamente no las describe, y las coloca al Norte de la ciudad-Santa, muy cerca del sepulcro de Elena.

Restanos saber quién fue el príncipe que mandó abrir estas cavernas mortuorias, cuáles eran sus adornos, y quiénes los reyes cuyas cenizas guardaban. Josefo, que menciona con tanto celo las obras emprendidas ó llevadas á cabo por Herodes el Grande, no coloca los sepulcros de los Reyes en el número de estas obras; y nos dice además que habiendo muerto Herodes en Jericó, fue enterrado con gran magnificencia en Herodión. Así, pues, las Cavernas reales no son el sepulcro de este príncipe; pero una palabra estampada en otra parte por el historiador, puede proyectar alguna luz sobre esta discusión.

Al hablar del muro que Tito hizo construir para asediar más de cerca á Jerusalém, Josefo dice que este muro, dirigiéndose á la región boreal, encerraba el sepulcro de Herodes. En tal caso, este Herodes no sería el Ascalonita, sino el Tetrarca. Este era casi tan pródigo como su padre, pues había hecho construir dos

ciudades llamadas Séforis y Tiberiades; y aunque fue desterrado á Lion por Caligula, podía muy bien haberse preparado una sepultura en su patria, pues su hermano Felipe le había dado el modelo de estos mausoleos.

Nada sabemos de los monumentos con que Agripa hermoseó á Jerusalém.

Hé aquí lo más satisfactorio que he podido hallar acerca de esta cuestión, que he creído debía tratar á fondo, porque hasta el día, mas bien que ilustrada ha sido embrollada por los críticos. Los antiguos peregrinos que habían visto el sepulcro de Elena, lo confundieron con las Cavernas reales. Los viajeros modernos, que no han hallado el sepulcro de la reina Adiabena, han aplicado el nombre de este sepulcro á los de los príncipes de la casa de Herodes. De todas estas relaciones resulta una extraña confusión: confusión aumentada por la erudición de los escritores piadosos, que han querido sepultar los reyes de Judá en las grutas reales y que no han carecido de autoridades.

La crítica del arte, no menos que los hechos históricos, nos obligan á colocar los sepulcros de los Reyes en la clase de los monumentos griegos en Jerusalém. Estos sepulcros eran muy numerosos, y la posteridad de Herodes concluyó muy pronto; de manera que muchos nichos habían esperado en vano á sus dueños. No faltaba ya, para conocer toda la vanidad de nuestra naturaleza, sino ver los sepulcros de los hombres que no han nacido. Por lo demás, nada forma un contraste más extraño que el hermoso friso esculpido por el cincel de la Grecia sobre la puerta de aquellas pavorosas moradas donde descansaban las cenizas de los Herodes. Las ideas más trágicas están identificadas con la memoria de estos príncipes, que no nos son bien conocidos sino por el asesinato de Mariamna, por la matanza de los Inocentes, por el deguello de San Juan Bautista y por la condena de Jesucristo. Nadie espera hallar sus sepulcros embellecidos con ligeras guirnalda, en medio de Jerusalém, no lejos del templo donde Jehovah pronunciaba sus terribles oráculos, y cerca de la gruta donde Jeremías compuso sus *Lamentaciones*.

Mr. Casas ha representado muy bien estos monumentos en su *Viaje pintoresco de la Siria*; no conozco la obra más moderna de Mr. Mayer. La mayor parte de los Viajes á Tierra-Santa están acompañados de grabados y viñetas. Es preciso distinguir las de la *Relación* del padre Roger; que bien pudieran ser de Claudio Mellan.

Los demás edificios de los tiempos romanos en Jerusalém, como el teatro y el anfiteatro, las torres Antonia, Hippicos, Fasaela y Psefima, no existen ya, ó por lo menos no se conocen de ellas sino algunas informes ruinas.

Pasemos ahora á la tercera clase de los monumentos de Jerusalém; esto es, á los del Cristianismo antes de la invasión de los sarracenos. Nada me queda ya que decir de ellos, pues los he descrito al dar cuenta de los Santos-Lugares. Haré únicamente una observación: como estos monumentos deben su origen á unos cristianos que no eran judíos, nada conservan del carácter semi-egipcio y semi-griego que he advertido en las obras de los príncipes asmoneos y de los Herodes: son unas simples iglesias griegas del tiempo de la decadencia del arte.

La cuarta especie de monumentos en Jerusalém es la de los que pertenecen al tiempo de la toma de esta ciudad por el califa Omar, sucesor de Abubeker, y jefe de la raza de los Omíades. Los árabes que habían seguido los estandartes del califa se apoderaron del Egipto, desde donde, adelantándose á lo largo de las costas del África, pasaron á España y llenaron de encantadores palacios á Granada y Córdoba. Es, por consiguiente, preciso hacer subir al reinado de Omar el origen de esa arquitectura árabe, cuya obra maestra

es la Alhambra, bien así como el Parténon es el milagro del genio de la Grecia. La mezquita del templo, empezada en Jerusalém por Omar, ensanchada por Abd-el-Maleck, y reedificada bajo un nuevo plano por El-Oulid, es un monumento muy curioso para la historia del arte entre los árabes. Todavía se ignora por qué modelo se construyeron esas mansiones de hadas, cuyas ruinas nos ofrece España. El lector me agradecerá tal vez que diga algunas palabras sobre un asunto tan nuevo y tan poco estudiado hasta el día.

Habiendo sido derribado el primer templo de Salomón seiscientos años antes del nacimiento de Jesucristo, fue reedificado después de los setenta años de cautiverio por Josué, hijo de Josedé, y Zorobabel, hijo de Salathiel. Herodes el Ascalonita reconstruyó por entero este segundo templo, en cuya obra empleó once mil operarios, durante nueve años. Estos trabajos fueron prodigiosos y terminaron mucho después de la muerte de Herodes. Habiendo los judíos cegado los precipicios y cortado la cúspide de una montaña, formaron al fin la espaciosa esplanada en que descollaba el Templo, al Oriente de Jerusalém, sobre los valles de Siloé y Josafat.

Cuarenta días después de su nacimiento, fue presentado Jesucristo en este segundo templo; en él fue también purificada la Virgen; en él, á los doce años, el Hijo del Hombre enseñó á los Doctores; espulsó á los mercaderes; fue inútilmente tentado por el demonio; perdonó los pecados de la mujer adúltera; propuso la parábola del Buen-Pastor, la de los dos Niños, la de los Viñadores y la del Banquete nupcial. En el mismo templo entró rodeado de palmas y ramas de olivo el día de Ramos; y por último, en él pronunció el *Reddite quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Dei Deo*, é hizo el elogio del óbito de la viuda.

Habiendo tomado Tito á Jerusalém el segundo año del reinado de Vespasiano, no quedó piedra sobre piedra del templo en que Jesucristo había hecho cosas tan gloriosas, y cuya ruina había predicho. Cuando Omar se apoderó de Jerusalém, parece que el espacio del Templo, exceptuando una muy pequeña parte, había sido abandonado por los cristianos. Saidebn-Batrik, historiador árabe, cuenta que el califa se dirigió al patriarca Sofronio, y le preguntó cual era el lugar más propio de Jerusalém para edificar una mezquita. Sofronio le contestó llevándole á las ruinas del templo de Salomón.

Satisfecho Omar por establecer su mezquita en tan famoso recinto, hizo desembarazar de escombros las piedras y descubrir un gran peñasco donde Dios había hablado á Jacob. La nueva mezquita tomó el nombre de este peñasco, *Gameat-el-Sakhra*, y llegó á ser casi tan sagrada para los musulmanes como las mequitas de la Meca y Medina. El califa Abd-el-Maleck aumentó sus dependencias y encerró el peñasco en el recinto de las murallas. Su sucesor el califa El-Oulid, embelleció El-Sakhra, y la cubrió con una cúpula de cobre dorado, despojo de una iglesia de Balbeck. Mas adelante, los Cruzados convirtieron el templo de Mahoma en un santuario de Jesucristo, pero cuando Saladino reconquistó á Jerusalém, lo restituyó á su primitivo destino.

Mas ¿cuál es la arquitectura de esta mezquita, tipo ó modelo primitivo de la elegante arquitectura de los moros? Muy difícil es decirlo. Los árabes han reservado, á consecuencia de sus costumbres despóticas ó celosas, los adornos para el interior de sus monumentos, y han establecido la pena de muerte contra todo cristiano, que no solo entrase en Gameat-el-Sakhra, sino que pisase el ático que la rodea. Sensible es que el embajador Deshayes rehusase, por un pueril escrúpulo diplomático, ver esa mezquita cuya entrada le ofrecían los turcos franquearle. Voy á describir su exterior.

Se ve la gran plaza de la mezquita, antigua plaza

del Templo, por una ventana de la casa de Pilatos. Esta plaza forma un ático de unos quinientos pasos de largo sobre cuatrocientos sesenta de ancho. Los muros de la ciudad cierran este ático al Oriente y Mediodía; al Occidente está limitado por unas casas turcas, y al Norte por las ruinas del pretorio de Pilatos y del palacio de Herodes.

Doce pórticos colocados á distancias desiguales unos de otros, y enteramente irregulares como los claustros de la Alhambra, tienen acceso á este ático. Están compuestos de tres ó cuatro arcadas, que sostienen algunas veces un segundo piko ó cuerpo; disposición que imita bastante bien el efecto de un doble acueducto. El principal de todos estos pórticos corresponde á la antigua *Porta Speciosa*, conocida de los cristianos por un milagro de San Pedro. Debajo de estos pórticos arden algunas lámparas.

En medio de este ático hállase otro más pequeño que se levanta á seis ó siete piés, como una azotea sin balaustrés, sobre el anterior. Según la opinión vulgar, este segundo ático tiene doscientos pasos de largo, sobre ciento cincuenta de ancho, y se sube á él por los cuatro lados por una escalera de mármol; cada una de las cuales está compuesta de ocho escalones.

En el centro de este ático superior descuellan la famosa mezquita de la Roca, á cuyas inmediaciones hay una cisterna que toma su agua de la antigua fuente Sellada *Fons signatus*, donde los turcos hacen sus abluciones antes de la oración. Algunos añosos olivos y cipreses están diseminados en los dos áticos.

El templo es octógono, y termina en una linterna de la misma forma, con una ventana en cada lado. Esta linterna está cubierta con una cúpula, que en otro tiempo era de cobre dorado, y en la actualidad es de plomo. Una flecha de bastante buen gusto, terminada en una media luna, sirve de remate á todo el edificio, que se asemeja á una tienda árabe en medio del desierto. El padre Roger da treinta y dos pasos á cada lado del octógono, doscientos cincuenta y dos de circuito exterior á la mezquita, y diez y ocho ó veinte toesas de altura total. Sus paredes están cubiertas exteriormente de ladrillos de diferentes colores, cargados de arabescos y de versículos del Alcoran escritos en letras de oro. Las ocho ventanas de la linterna están adornadas con cristales redondos y pintados. Aquí hallamos ya algunos rasgos originales de los edificios moriscos de España: los ligeros pórticos de los áticos y los ladrillos pintados de la mezquita recuerdan diferentes partes del Generalife, de la Alhambra y la catedral de Córdoba.

No he visto el interior de esta mezquita. Muy tentado me sentí á arrostrar cualquier peligro para satisfacer mi amor á las artes; pero me detuvo el temor de causar la pérdida de los cristianos de Jerusalém. Guillermo de Tiro y Deshayes dicen algo del interior de la mezquita de la Roca; el Padre Roger hace una descripción muy detallada, y probablemente muy fiel de ella.

Sin embargo, esta descripción no basta para probar que el interior de la mezquita de Jerusalém tiene semejanza con el de los monumentos moriscos de España. Esto depende absolutamente del modo con que están dispuestas las columnas en el monumento; y hé aquí lo que no dice el padre Roger. ¿Sostienen pequeñas arcadas? ¿Están pareadas, agrupadas ó aisladas, como en Córdoba y Granada? Pero si el exterior de esta mezquita presenta tanta semejanza con algunas partes de la Alhambra, ¿no debemos sospechar que el interior conserva el mismo gusto arquitectónico? Tanto más me inclino á creerlo así, cuanto que los mármoles y las columnas de esta construcción han sido tomados de las iglesias cristianas, debiendo ofrecer esa mezcla de órdenes y de proporciones que se observa en la catedral de Córdoba.

Añadamos una observación á estas conjeturas. La

mezquita abandonada, inmediata al Cairo, parece ser del mismo estilo que la de Jerusalén; por consiguiente, esta mezquita es el original de la de Córdoba, que fue edificada por los príncipes últimos descendientes de la dinastía de los Omniades; y Omar, cabeza de su familia, había fundado la mezquita de Jerusalén.

Estos monumentos verdaderamente árabes pertenecen á la primera dinastía de los califas y al genio de la nación en general: no son, pues, como se ha creído hasta el día, el fruto de talento particular de los moros de Andalucía, puesto que he hallado su modelo en el Oriente.

Probado esto, iré mas lejos. Creo descubrir en la arquitectura egipcia, tan pesada, tan magestuosa, tan vasta, tan duradera, el germen de esa arquitectura sarracena, tan ligera, tan risueña, tan pequeña, tan frágil: el minarete es la imitación del obelisco; los arabescos son geroglíficos dibujados, en lugar de los geroglíficos grabados. Respecto de esos bosques de columnas que componen el interior de las mezquitas árabes y sostienen una bóveda achatada, los templos de Memfis, de Denderah, de Tebas y de Meroué ofrecen tambien ejemplos de este género de construcción. Colocados en la frontera de Metzraim, los descendientes de Ismael sintieron necesariamente herida su imaginación ante las maravillas de los Faraones; nada pudieron tomar de los griegos, que les eran desconocidos, sino que trataron de copiar las artes de una nación famosa que incesantemente tenían á la vista. Pueblos vagabundos, conquistadores y viajeros, imitaron en su paso el inmutable Egipto: construyéronse obeliscos de madera dorada y geroglíficos de yeso, que podían trasladar con sus tiendas en el lomo de sus camellos.

No ignoro que este sistema, si lo es, está sujeto á algunas dudas, y aun á ciertas objeciones históricas. Sé que el palacio de Zehra, construido por Abdulrahman cerca del de Córdoba, fue construido con arreglo al plano de un arquitecto de Constantinopla, y que sus columnas fueron talladas en Grecia; sé que existe una arquitectura hija de la corrupción del arte, que puede llamarse *arquitectura justiniana*, y que tiene algunos puntos de contacto con las obras de los moros; sé, en fin, que algunos hombres de esquisito gusto y vasta erudición, como el respetable Mr. de Agincourt y Mr. de Laborde, autor del magnífico *Viaje á España*, opinan que toda arquitectura es hija de la Grecia; pero sean cuales fueren estas dificultades y estas autoridades poderosas, confieso que no me hacen mudar de opinión. Un plano enviado por un arquitecto de Constantinopla; unas columnas talladas en las orillas del Bósforo, y unos obreros griegos que trabajan en una mezquita, nada prueban; pues de un hecho particular no puede deducirse una consecuencia general. He visto en Constantinopla la arquitectura justiniana, y concedo que tiene alguna semejanza con la de los monumentos sarracenos, como el aplanamiento de la bóveda en las arcadas, etc. No obstante, conserva por decirlo así, una razón, una frialdad, una solidez que no se advierte en la fantasía árabe. Por otra parte, la arquitectura justiniana me parece ser la misma arquitectura egipcia amoldada á la griega. Esta nueva invasión del arte de Memfis fue producida por el establecimiento del Cristianismo: los solitarios que poblaron los desiertos de la Tebaida, y cuyas opiniones gobernaban el mundo, introdujeron en las iglesias, en los monasterios, y hasta en los palacios esos pórticos degenerados llamados *claustros*, en que respira el genio oriental. Notemos, en apoyo de esto, que la verdadera decadencia del arte entre los griegos empieza precisamente en la época de la traslación del asiento del imperio romano á Constantinopla; lo cual demuestra que la arquitectura griega no dió nacimiento á la oriental, sino que esta se deslizó en aquella por la proximidad de los lugares.

Me inclino, por consiguiente, á creer que toda arquitectura es hija del Egipto, sin escluir la gótica, porque nada ha venido del Norte, exceptuando el hierro y la devastación. Empero la arquitectura egipcia se ha modificado segun el genio de los diferentes pueblos; entre los primeros hebreos no sufrió mudanza alguna, sino que únicamente se despojó de los monstruos y los dioses de la idolatría. En Grecia, á donde la importaron Cecrops é Inaco, se depuró y llegó á ser el modelo de todos los géneros de belleza. Los toscanos, colonia egipcia, la llevaron á Roma, donde conservó su grandeza, si bien nunca llegó á su perfección como en Atenas. Algunos apóstoles la llevaron desde el Oriente á los bárbaros del Norte; y sin perder en estos pueblos su carácter religioso y sombrío, se elevó con los bosques de las Galias y la Germania, presentando la unión estraña de la fuerza y la magestad, la melancolía en su conjunto y la mas estraordinaria ligereza en los detalles. Finalmente, entre los árabes adquirió los rasgos de que hemos hablado: arquitectura del desierto, encantada como los oasis, mágica como las historias narradas debajo de la tienda, pero que los vientos pueden arrastrar con la arena que les sirvió de primer cimiento.

Pudiera apoyar mi parecer en un millon de hechos históricos; pudiera hacer ver que los primeros templos de la Grecia, como el de Júpiter en Onga, no lejos de Amiclea, eran verdaderos templos egipcios; que hasta la escultura era egipcia en Argos, Esparta y Atenas, en tiempo de Dédalo y en los siglos heroicos. Pero temo haber hecho demasiado larga esta digresión, y es tiempo ya de hablar de los monumentos góticos de Jerusalén.

Estos se reducen á algunos sepulcros. Los de Godofredo y Balduino son dos féretros de piedra, sostenidos en cuatro pilares. Los epitafios que se han leído en la descripción de Deshayes, están escritos en ellos con letras góticas.

Todo esto en sí mismo vale muy poco; no obstante, la vista de estas sepulturas me sorprendió mucho al entrar en el Santo-Sepulcro: sus formas extranjerías en un suelo extrangero, me anunciaron otros hombres otras costumbres, otros paisés; créime trasladado á uno de nuestros antiguos monasterios, pues me asemejaba al otaitiano cuando reconoce en Francia un árbol de su patria. Contemplé con profundo respecto aquellos mausoleos góticos que encerraban unos caballeros franceses, unos peregrinos que habían llegado á ser reyes, los héroes de la *Jerusalén libertada*, y recordé las palabras que el Taso pone en boca de Godofredo:

Chi sia di noi, ch'esser sepolto schivi,
Ove i membri di Dio fur già sepulti?

Por lo que respecta á los monumentos turcos, últimos testigos en Jerusalén de las revoluciones de los imperios, no merecen que nos ocupemos de ellos; los he mencionado únicamente para advertir que no debamos confundir las obras de los tártaros con los trabajos de los moros. En realidad es mas exacto decir que los turcos ignoran absolutamente la arquitectura, pues no hacen otra cosa que afeard los edificios griegos y árabes, coronándolos de cúpulas macizas y de pabellones chinoscos. Algunos bazares y oratorios de santones son todo lo que los nuevos tiranos de Jerusalén han añadido á esta desventurada ciudad.

El lector conoce ya todos los monumentos de la Ciudad-Santa.

Al volver de visitar los sepulcros de los Reyes, que han motivado las anteriores descripciones, pasé por el valle de Josafat. El sol se ocultaba detrás de Jerusalén, y doraba con sus postreros rayos aquella mole de ruinas y las montañas de la Judea. Envié á mis compañeros por la puerta de San Esteban, y me quedé solo con el genízaro. Sentéme al pié del sepulcro de Josafat,

vuelto el rostro al Templo; saqué de mi bolsillo un tomo de Racine, y volví á leer la *Atalia*.

A estos primeros versos:

Oui, je viens dans son temple adorer l'Eternel, etc.,

me es imposible expresar lo que sentí. Creí oír los cánticos de Salomon y la voz de los Profetas; la antigua Jerusalén se levantó á mis ojos; las sombras de Joad, de Atalia y de Josabet salieron de sus sepulcros seculares, y me pareció que no conocía sino desde aquel momento el genio de Racine. ¡Qué poesía, pues la hallé digna del lugar donde me hallaba! No es posible imaginar lo que es *Atalia*, leída al pié del sepulcro del *santo rey Josafat*, á la orilla del torrente Cedron, y en presencia de las ruinas del Templo. Mas, ¿qué fue de ese templo *adornado por todas partes de magníficos festones?*

Comment en un plomb vil l'or pur s'est-il changé?
Quel est dans ce lieu saint ce pontife égorgé?
Pleure, Jérusalem, pleure, cité perdue,
Des prophètes divins malheureuse homicide:
Des son amour pour toi ton Dieu s'est dévouillé;
Ton encens á ses yeux est un encens souillé...
Ou menez-vous ces enfants et ces femmes?
Le Seigneur a détruit la reine des cités:
Ses pretres sont captifs, ses rois son rejétés;
Dieu ne veut plus qu'on vienne á ses solennités:
Temple, renverse-toi, cédres, jetez des flammes.
Jerusalem, objet de ma douleur,
Quelle main en un jour t'a ravi tous tes charmes?
Qui changera mes yeux en deux sources de larmes
Pour pleurer ton malheur?

AZARIAS.

O saint temple!

JOSABETH.

O David!

LE CHOEUR.

Dieu de Son, rappelle,
Rappelle en sa faveur tes antiques bontés.

La pluma abandona mi mano: me avergüenzo de emborrorar todavía papel, despues que un hombre ha escrito estos versos.

Pasé una parte del día 9 en el convento, para ocuparme de los pormenores de la vida privada en Jerusalén, pues nada importante me quedaba ya por ver ni dentro ni fuera de ella, exceptuando el pozo de Nehemias, donde se ocultó el fuego sagrado en tiempo del cautiverio, los sepulcros de los Jueces, y algunos otros lugares: los visité en la tarde del 9. Como no presentaban circunstancia alguna digna de atención, si se prescinde de sus nombres, no merecen que ocupe al lector con sus descripciones.

Descenderé, pues, á esos minuciosos detalles que escitan la curiosidad, atendida la importancia de los lugares de que se trata. Nadie puede imaginar que se viva en Atenas y en Esparta como en su casa. Jerusalén especialmente, cuyo nombre despertaría el recuerdo de tantos misterios, avasalla la imaginación, pues parece que todo debe ser estraordinario en esta ciudad estraordinaria. Veamos que así sucede, y empecemos por la descripción del convento de los Padres latinos.

Entráse en él por una calle abovedada, que se une á otra bóveda bastante larga y estrecha, á cuya estrechidad se halla un patio formado por la leñera, la bodega y el lagar del convento. A la derecha de este patio hay una escalera de doce á quince escalones, por la cual se sube á un claústro que rodea la leñera, la bodega y el lagar, y que por consiguiente tiene vistas al patio de entrada. Al Oriente de este claústro se abre un vestíbulo que comunica con la iglesia; esta es bastante agradable y tiene un coro con sillería, una nave

alumburada por una cúpula, un altar á la romana y un modesto órgano; todo esto está encerrado en un espacio de veinte piés de largo por doce de ancho.

Otra puerta, colocada al Occidente del patio de que he hablado, conduce al interior del convento. «Este convento, dice un peregrino, en su descripción tan exacta como sencilla, es muy irregular y de construcción antigua, tiene muchos reducidos aposentos altos y bajos; las dependencias pequeñas y apartadas, las habitaciones pobres y oscuras; muchos corredores angostos, y dos huertas de escasa estension, la mayor de las cuales tiene de quince á diez y seis pértigas, y está contigua á los muros de la ciudad. A la parte occidental hay otro patio y algunas pequeñas habitaciones para los peregrinos. Todo el solaz que en este lugar puede disfrutarse consiste en que, subiéndolo á la azotea de la iglesia, se descubre toda la ciudad, que descende progresivamente hasta el valle de Josafat; se ve asimismo la iglesia del Santo-Sepulcro y el atrio del templo de Salomon; mas allá, y al mismo lado oriental, el monte de los Olivos; al Mediodía el castillo de la ciudad y el camino de Belém, y al Norte, la gruta de Jeremias. Hé aquí en pocas palabras el plano y la pintura de este convento que respira en alto grado la sencillez y la pobreza del que en este mismo lugar, *propter nos egenus factus est cum esset dives.*» (1 Cor., VIII.)

El aposento ocupado por mí se llama el *Gran cuarto de los Peregrinos*, y daba sobre un patio solitario rodeado por todas partes de paredes. Los muebles consistían en una cama de hospital con unas cortinas de sarga verde, una mesa y un baul; mis criados ocupaban dos celdas á bastante distancia de mí. Un cántaro de agua y una lámpara italiana completaban mi ajuar. Mi aposento, aunque bastante grande, era oscuro y solo recibía luz por una ventana que daba al patio de que he hablado. Trece peregrinos habían escrito sus nombres en la puerta: el primero se llamaba *Carlos Lombard*, y se hallaba en Jerusalén en 1669; el último, *Johm Gordon*, y la fecha de su paso es 1804; entre estos trece viajeros solo reconocí tres nombres franceses.

Los peregrinos no comen con los frailes como en Jafa, sino que se les sirve á parte y hacen el gasto que mas les place. Si son pobres se les mantiene, y si ricos, pagan lo que han comprado, pues el convento no reporta un óbolo de ventaja. El alojamiento, la cama, la ropa blanca, la luz y el fuego se conceden siempre á título de hospitalidad.

Habiase puesto á mis órdenes un cocinero. Yo comía casi siempre de noche, al volver de mis excursiones. Servíaseme primero un potaje de lentejas con aceite; luego carne de vaca con cohombros ó cebollas y cabrito asado, ó carnero con arroz. No se come carne de buey, y la de búfalo tiene un sabor bravío. En punto á asados tenía pichones y algunas veces perdices de la especie blanca, llamada *perdiz del desierto*. La caza es muy abundante en la llanura de Rama y en las montañas de Judéa: consiste en perdices, becañas, liebres, jabalías y gacelas. La codorniz de Arabia que alimentó á los israelitas, es casi desconocida en Jerusalén; no obstante, se hallan algunas en el valle del Jordan. En cuanto á legumbres, se me sirvieron constantemente lentejas, habas, cohombros y cebollas.

El vino de Jerusalén es esquisito, y tiene el color y el sabor de los del Rosellon. Las colinas que lo suministran son aun las de Engaddi, cerca de Belém. Respecto de las frutas, comí como en Jafa, uvas, dátiles, granadas, sandías, manzanas é higos de la segunda estación, pues los del sicomoro ó higuera de Faraon habían pasado. El pan, amasado en el convento, era bueno y sabroso.

Hablemos del precio de estos diferentes comestibles. El quintal de Jerusalén se compone de cien *rolts*, y el rolt, de novecientas dracmas.

El rolt vale dos oques y un cuarto; lo que equivale próximamente á ocho libras de Francia.

El carnero se vende á dos piastras, de diez paras el rolt. La piastra turca, alterada á cada paso por los beyes y los pachás de Egipto, no escede en Siria de treinta y tres sueldos y cuatro dineros, y el para no pasa de diez dineros. Por consiguiente, siendo el rolt como de unas ocho libras, la de carnero en Jerusalém equivale á nueve sueldos y cuatro dineros y medio.

La vaca cuesta una piastra el rolt; y el cabrito una piastra y algunos paras.

Una vaca muy corpulenta se vende á treinta ó treinta y cinco piastras; un robusto carnero, á diez ó quince piastras, y una cabra, á seis ú ocho.

El precio de la medida de trigo varía de ocho á nueve piastras.

El aceite cuesta tres piastras el rolt.

Las legumbres son muy caras en Jerusalém, pues se llevan desde Jafa y las poblaciones inmediatas.

Este año (1806), el quintal de uvas de vendimia llegó á valer veinte y siete piastras.

Pasemos á algunos otros pormenores.

Un hombre que no quisiera recurrir á los kanes, ni vivir con los frailes de Tierra-Santa, podría alquilar uno ó muchos aposentos en una casa de Jerusalém, pero no tendría segura la vida. Segun la humildad ó grandeza, la pobreza ó la opulencia de la casa, cada aposento costaria mensualmente desde dos hasta veinte piastras. Una casa entera en que se hallase una sala bastante grande y una quincena de agujeros, llamados aposentos, costaria al año cinco mil piastras.

Un maestro obrero, albañil, carpintero, etc., recibe dos piastras diarias, y es preciso mantenerle; el jornal de un aprendiz cuesta una piastra.

No hay medida fija para la tierra; por lo regular se compra á la vista la porcion que se desea; y el censo se valúa en razon de lo que este trozo puede producir en frutas, trigo ó vino.

El arado no tiene ruedas, y está armado de un pequeño hierro que apenas desflora la tierra; los trabajos agrícolas se verifican por medio de bueyes.

Recógese cebada, trigo, maiz, algodón, etc., y en el mismo campo en que se cultiva el algodón, se siembra sésamo.

Una mula cuesta ciento ó doscientas piastras, segun su calidad; un jumento vale desde quince hasta cincuenta piastras. Dánse ochenta ó cien de estas por un caballo comun, menos estimado generalmente que el asno ó el mulo; pero un caballo de una raza árabe bien conocida no tiene precio. El pachá de Damasco Abdallah-Pachá, acababa de comprar uno en tres mil piastras. La historia de una yegua suele formar la conversacion del país. Hallándome en Jerusalém, se referían las hazañas de una de esas maravillosas yeguas. El beduino que la montaba, perseguido por los esbirros del gobernador, habiase precipitado con ella desde la cumbre de las montañas que dominan á Jericó. La yegua habia bajado al galope, casi perpendicularmente sin tropezar, dejando á los soldados llenos de admiracion y asombro. Pero la pobre gacela reventó al entrar en Jericó; y el beduino, que no quiso abandonarla, fue cogido llorando sobre su fiel compañera. Esta yegua tiene un hermano en el desierto, y es tan famoso que los árabes saben siempre por donde ha pasado, dónde está, lo que hace, y cómo se encuentra. Ali-Agá me enseñó con religioso respeto en las montañas inmediatas á Jericó las huellas de la yegua que murió al salvar á su dueño: un macedonio no hubiera mirado con mas veneracion las huellas de Bucéfalo.

Hablemos ahora de los peregrinos. Las modernas relaciones han exagerado un poco las riquezas que los peregrinos esparcen á su paso por Tierra-Santa. Empero, ¿de qué peregrinos se trata? No de los latinos, porque no los hay, y todos convienen en esto. Durante el último siglo los frailes de San Salvador no han visto

quizá á doscientos viajeros católicos, incluyendo en este número los religiosos de sus Ordenes y los misioneros en el Levante. Puede probarse con mil ejemplos que los peregrinos latinos nunca han sido numerosos. Thevenot refiere que en 1656 él era el veinte y dos en el Santo Sepulcro.

Era muy frecuente que los peregrinos no llegasen á doce, puesto que era preciso valerse de los frailes para completar este número en la ceremonia del lavatorio de piés el Miércoles Santo. En efecto en 1589, setenta y nueve años antes de Thevenot, Villamont no encontró sino seis peregrinos en Jerusalém. Si en 1589, cuando la religion estaba tan floreciente, no visitaron la Palestina sino siete peregrinos latinos, ¿júzguese cuántos habria en 1806! Mi llegada al convento de San Salvador fue un verdadero acontecimiento.

Mr. Seetzen que se hallaba en Palestina el mismo año, siete meses antes que yo, dice que era el único católico.

Las riquezas en que debe rebosar el Santo Sepulcro, no siendo llevadas á Jerusalém por los peregrinos católicos, ¿lo serán por los peregrinos judíos, griegos y armenios? Aun en este caso conceptuo tales cálculos muy exagerados.

El gasto mayor de los peregrinos consiste en los derechos que tienen que pagar á los turcos y á los árabes, ya por la entrada en los Santos Lugares, ya por los *caffari* ó licencias de paso. Pues bien: todos estos objetos reunidos solo suben á sesenta y cinco piastras y veinte y nueve paras. Si se eleva la piastra á su *maximum*, es decir, á cincuenta sueldos de Francia, y el para á cinco *liards* ó sean quince dineros, el resultado serán ciento sesenta y cuatro libras, seis sueldos y tres dineros; si se calcula la piastra en su *minimum*, esto es, en treinta y tres sueldos de Francia y cuatro dineros, y el para en tres *liards* y un dinero, el total ascenderá á ciento ochenta libras, nueve sueldos y tres dineros.

Hé aquí la cuenta, tal como la he recibido del padre procurador del convento de San Salvador.

La deyo en italiano, por ser idioma que todos entienden en el dia, con los nombres propios de los turcos, etc., pues son caracteres originales que atestiguan su autenticidad.

Spesa solita che fa un pelerino en la sua intrata da Giaccia sin a Gerusalemme, e nel ritorno a Giaccia (1).

	Piast.	Par.
In Giaccia dopo il suo sbarco, Caffari.	5	20
In Giaccia prima del imbarco al suo ritorno.	5	20
Cavalcatura sin a Rama, e portar al Aravo, che accompagna sin a Gerusalemme.	1	20
Pago al Aravo che accompagna.	5	»
Al vilano che accompagna da Gerasma.	5	30
Cavalcatura per venire da Rama, ed altra per ritornare.	10	»
Caffari nella strada 4 16 cadi medni 20».	4	16
Intrata nel SSmo. Sepulcro. Al Meheah governatore. E stader del tempio.	26	38
Intrata nella città Ciohadari del cadi e governatore. Sbirro E portinano.	»	15
Primo e secundo drogomano.	3	30
	65	29

Si el peregrino se trasladase al Jordan, seria preciso añadir á estos gastos la suma de doce piastras.

(1) Las cuentas siguientes varían un poco en sus sumas

Spese fatte da Michel, per ordine del Sig.

Por último, he creído que en una discusion de hechos hay lectores que verian con gusto los pormenores de mi propio gasto en Jerusalém. Si se considera que tenia á mis órdenes caballos, genizaros y escoltas; que vivia como en Paris por lo tocante á la comida, á los tiempos de esta, etc.; que entraba sin cesar en el Santo Sepulcro á horas no acostumbradas; que veia diez veces los mismos lugares, pagaba diez veces los derechos, los *caffari* y otras mil exacciones turcas, parecerá muy pequeño mi gasto. Presento las cuentas originales con las faltas de ortografía dei dragoman Miguel; y son curiosas por cuanto conservan, digámoslo así, el aire del país. En ella se ven repetidos todos mis movimientos, los nombres propios de muchos personajes, el precio de diferentes objetos, etc. En fin, estas cuentas son fieles testigos de la sinceridad de mi relato. Se verá tambien que he omitido muchas cosas en mi narracion, y que he visitado á Jerusalém con mas cuidado de lo que he dicho.

	Piast.	Par.
Gasto en Jafa.		
Per un messo a Gerusalemme.	7	20
Altro messo a Rama.	3	»
Altro per avisare agli Aravi.	1	20
Orso in Rama per gli cavalli.	2	»
Per il cavallo del servitore di Giaccia in Rama.	2	20
Gaffaro alli Aravi.	2	36
Al cavaliere che adato il gov. di Rama.	15	»
Per il cavallo che porto sua Ecc. ^a a Gerusalemme.	15	»
Regallo alli servitorj de gli cavalli.	3	»
Regallo al Mucarò Menu.	5	»
Tutto ps.	57	16

Gasto en Jerusalém.

Spesa fatta per il sig. dal giorno suo arrivo a Gerusalemme ali 4 di ottobre 1806.

	Piast.	Par.
Il giorno del suo arrivo, per cavaleria da Rama, a Gerusalemme.	015	»
Compania per li Arabi, 6 isolote per testa.	013	20
Cad... a 10 M.	000	30
Al Muccaro.	001	20
Cavalcatura per Michelle andare, e ritornar da Rama.	008	20
4 Cavalli per andare a Betlemme e al Giordano.	080	»
Al portinano della città.	001	25
Apertura del Smo. Sepolcro.	001	25
Regallo alli portinari del Smo. Sepolcro 7 persone.	030	»
Alli figlio, che chiamano li Turchi per aprire la porta.	01	25
Al Chavas del governatore per avere accompagnato il sig. dentro della città et fuori a cavallo.	008	»
Item. A un Dalati, cioe, guardia del Zambarakgi Pari.	004	»
Per 5 cavalli per andare al Monte Olibette, e altri luoghi, et seconda volte al Potzo di Jeremia, e la madona.	016	30
Al genisero per compariare il sig. a Betlemme.	003	20
Item. Al genisero per avere andato col sig. per la città.	001	35
12 ottobre per la apertura del Smo. Sepolcro.	001	»
	189	10

totales, porque la piastra experimenta diariamente variaciones

	Piast.	Par.
In vari luoghi.	»	»
In tabaco per li villani, et la compania nel viaggio per il Giordano, e per li villani di S. Saba.	006	20
In candelle per S. Saba, e servitori.	006	»
Per li sacrestani greci, e altri.	006	20
Regallo nella casa della Madona, e serolio, e nella case di Simione, e nel convento dell' Suriani, e nel spitale di Santa Elena, e nella casa di Anas, e nella singoga dell' Ebrei.	009	10
Item. Regallo nel convento delli Armeni di S. Giacomo, alli servitori, sacrestino e genisari.	028	»
Regallo nel Sepolcro della Madona alli sacrestani, e nel Monte-Olibette.	005	10
Al servitore del governatore il negro, e nell' castello.	005	20
Per lavare la robba del sig. e suoi servitori.	003	»
Alli poveri in tutto il giro.	005	15
Regallo nel convento delli Greci in chiesa al sacrestano; e alli servitori, et ali genisari.	018	»
4 cavalcature per il sig. suo dragomano, suo servitore, e Michelle da Gerusalemme, fino a Giaccia, e quella di Michelle per andare, e ritornare la seconda volta.	046	»
Compania a 6 isolote, ogni persona delli signori.	013	20
Villano.	003	»
Cafarro.	004	24
Regallo alli genisari.	020	»
Regallo a Goch di S. Geremia.	050	»
Regallo alli dragomani.	030	»
Regallo al comunicare.	010	»
Al Portinano Malia.	005	»
Al Spenditare.	005	»
In Bellemme una cavalcatura per la provisione del Giordano, orzo 4 Arabi, due villani: regallo alli capi, e servitori.	172	»
Ali-Agha figlio d' Apugiahfar.	150	»
Item. Zbirri, poveri, e guardie nel calare al Smo. Sepolcro l' ultimo giorno.	010	»
	804	29
A Mechele Casar 80: Alcuesnaro 20.	100	»
	904	29

Debemos, pues, reducir este considerable número de peregrinos, á lo menos en cuanto á los católicos, á muy poca cosa, ó á nada; porque siete, doce, veinte, treinta y aun ciento no merecen ser contados.

Pero si esta docena de peregrinos que se dejan ver anualmente en el Santo Sepulcro há uno ó dos siglos, eran unos pobres viajeros, los religiosos de Tierra Santa no pueden enriquecerse á sus espensas. Oigamos al sincero Doubdan:

« Los frailes franciscanos del convento de San Salvador observan una rigurosa pobreza, y no viven sino de las limosnas que la Cristiandad les envia y que segun sus facultades les hacen los peregrinos; pero como estos están muy distantes de su país, y saben los grandes gastos que les quedan por hacer para regresar á él, no dejan grandes limosnas, lo que no impide que sean recibidos y tratados con mucha caridad.»

en la Siria, mientras el para permanece fijo; de esto resulta que no siempre la piastra está compuesta del mismo número de paras.